





# DESTINOS INCIERTOS



José Garrido Palacios

# DESTINOS INCIERTOS



Primera edición: marzo 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Garrido Palacios

ISBN: 978-84-17784-66-9

ISBN digital: 978-84-17784-67-6

Depósito legal: M-10777-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A los lectores del  
país de los sentidos*



# I

—El avión está a punto de aterrizar —dijo Clara con la emoción contenida por pisar suelo indio.

Roberto apretó el cinturón de seguridad de su asiento y colocó el respaldo en posición vertical. El aviso de su amiga y el paisaje que se entreveía por la ventanilla del avión alteraron la monotonía del largo viaje hasta Nueva Delhi. La ciudad se percibía como una mancha oscura apenas iluminada por pequeños puntos titilantes y dispersos.

La multitud caminaba con precipitación de aquí para allá en el vestíbulo del aeropuerto. Unos buscaban a sus familiares, otros a los agentes turísticos y los más seguían el ritmo del gentío hasta localizar un modo de transporte que los llevara a su destino.

La pareja estaba impresionada. Los ojos bailaban dentro de sus órbitas en todas direcciones tratando de captar con avidez el mundo multicolor que se ofrecía ante ellos, en especial el femenino. El vestuario variopinto de las mujeres, cubiertas con saris y túnicas, configuraba un mosaico colorista y alegre; en oposición a la indumentaria de los hombres, más discreta y similar a la europea. Apoyados en las paredes o sentados en el suelo se apiñaban varios niños, solos o en compañía de sus madres, con las manos extendidas hacia los transeúntes a la espera de una limosna.

—¡Mira, Clara, ahí está nuestro agente! —gritó Roberto.

Se encaminaron hacia él entre la muchedumbre y, tras los saludos de rigor, esperaron hasta que se incorporó todo el grupo de la misma agencia de viajes. En un autobús distribuyeron a los viajeros por los hoteles de Nueva Delhi.

Cuando Roberto y Clara llegaron a su destino era muy tarde, casi medianoche, retrasados por el denso tráfico de vehículos y el caos circulatorio que entorpecía el desplazamiento viario. Naturalmente ese caos era solo en apariencia, pues los conductores indios tenían su propio código de circulación, sus normas particulares de funcionamiento que resultaban incongruentes y peligrosas a la vista de los turistas españoles.

En la entrada del hotel, unas señoritas ataviadas con saris rojos saludaron a los nuevos clientes:

—¡*Namasté!*, ¡*namasté!* —decían ellas mientras juntaban sus manos a la altura del pecho, a modo de rezo, e inclinaban levemente sus cabezas para darles la bienvenida.

Roberto y Clara imitaron el gesto de las azafatas.

Las jóvenes pusieron unas guirnalda azafranadas alrededor del cuello de los recién llegados. A Roberto se le acercó una morena con el pelo recogido y la tez tostada. Sus grandes ojos negros no le pasaron desapercibidos ni tampoco la sonrisa que le dedicó, aunque al encontrarse sus rayos a mitad de camino ella se sintió incómoda y su rostro se encarnó de repente.

Los gestos de salutación en el hotel sirvieron de alivio a la dura jornada de la pareja española y las muestras de afecto de las chicas aportaron un aire juvenil y divertido a su estancia en el hotel.

«Un buen comienzo», pensó Roberto.

Los dos españoles se habían conocido en Madrid, varios años atrás, cuando coincidieron en un curso de especialización profesional, y desde entonces se habían visto esporádicamente. Él residía habitualmente en Zaragoza, donde ejercía de abogado en un despacho compartido con su padre y otros compañeros; por su lado, Clara estudió arquitectura en la capital española y estuvo trabajando en varias ciudades, alguna extranjera. Le gustaba viajar y conocer mundo.

Durante la permanencia de Clara en Zaragoza, con motivo de unos proyectos de urbanismo, estuvo en contacto con su antiguo amigo. Salieron varias veces juntos y disfrutaron de los paseos y

la gastronomía aragonesa. Se llevaban bien y la conversación fluía con facilidad. En una tertulia ella confesó que tenía la intención de pasar unos días de vacaciones en la India, al final de los monzones.

Invitó a su amigo.

—Me parece una gran idea —afirmó Roberto. Quería hacer un viaje exótico y ese país era estupendo—. Acepto.

Así nació la idea de viajar al subcontinente asiático. Era una oportunidad de conocer el país y de conocerse a sí mismos como pareja. Solo habían salido juntos en casos puntuales y algunos fines de semana a lugares cercanos, pero ese viaje, largo y singular, constituía una prueba de madurez acerca de su amistad y sus sentimientos. Los dos eran conscientes de que la convivencia prolongada y alejada del lugar habitual representaba bastante más que un paseo por la playa o la montaña.

A finales de noviembre de 1984 tomaron un avión en Madrid con destino París y desde allí se trasladaron a Nueva Delhi.

Al alba, la pareja se despertó de sus dulces sueños e inició un recorrido por la ciudad india, con más de diez millones de habitantes y la tercera en importancia del país. Pasearon por la calle Chandni Chowk, la «calle de la plata», en la Vieja Delhi, centro neurálgico de la urbe configurada por un laberinto de callejuelas con abundantes mercados y una actividad febril. A poca distancia de allí, hacia el mediodía, estaban Jami Masjid, la mezquita más grande de la India, y el Fuerte Rojo, construido en tiempos del emperador mogol Shah Jahan.

La pareja había decidido recorrer sola las calles de Nueva Delhi, descubrirla sin influencias de guías locales. Así lo hicieron pese a los consejos en contra; no obstante, enseguida se dieron cuenta de la situación real. La gente parecía nerviosa, intranquila y desconfiada, y la policía estaba presente en todas partes. Hacía pocos días que Indira Gandhi, jefa del Gobierno de la India, había sido asesinada por dos de sus guardaespaldas. La ciudad estaba conmo-

cionada por la gravedad de los hechos acaecidos y la incertidumbre sobre el futuro del país.

Según reseñaban los medios de comunicación, dos guardias de la escolta personal de Indira Gandhi, sijes, habían disparado una treintena de balas a quemarropa cuando ella paseaba por el jardín de su residencia. Las mismas fuentes indicaban que el asesinato se debía a una venganza por el ataque de la policía estatal al Templo de Oro, el centro más sagrado de dicha religión instalado en Amritsar, al noroeste de la India. En esa ciudad del Punjab se refugiaron terroristas y seguidores sijes, fuertemente armados, y se enfrentaron a los carros de combate, helicópteros y tropas gubernamentales en la denominada *Operación Estrella Azul*, ejecutada a principios de junio del mismo año.

La pareja era consciente de lo ocurrido, e incluso de que unos días antes de subir al avión en Madrid se había cumplido la revancha de los sijes con el asesinato de la primera ministra; sin embargo, Clara y Roberto estaban muy ilusionados con su viaje y siempre creyeron que las circunstancias internas del país no afectarían a su visita.

Ahora bien, tras el recorrido matinal por la parte vieja de Nueva Delhi, todo había cambiado. En varios momentos de su paseo ellos fueron increpados por la calle, acusados de ser responsables de lo que sucedía en el país. Los extranjeros occidentales eran asociados a los intereses de los poderosos, los países más desarrollados que movían los hilos del poder mundial, y entre ellos estaban los americanos y sus amigos. Para algunos radicales, los ciudadanos de Estados Unidos, Inglaterra, Francia y España eran hermanos, con los mismos intereses e idéntico objetivo imperialista.

—Esto tiene mala pinta —barruntó Clara al volver al hotel Shangri-La, emplazado al sur de Connaught Place, en el corazón de Nueva Delhi. Estaba alterada y no quería sufrir percances que afectaran a su integridad física.

—Tienes razón —corroboró Roberto—. Los grupos organizados que actúan contra los sijes son muy violentos, conforme hemos visto en algún templo. Es mejor no pasear por esos lugares.

La percepción de los españoles era acertada, sin duda alguna, porque cada día aparecían decenas de muertos sijes por las revueltas, y muchas de estas tenían lugar en los puntos de interés turístico de Nueva Delhi.

—Quizá deberíamos irnos de la India antes de que nos ocurra algo desagradable —propuso ella.

—¡Bah!, no te preocupes. Se pasará pronto. Son reacciones momentáneas de algunos revoltosos —replicó Roberto, restando peligrosidad a la situación—. En cuanto transcurran unas horas todo quedará en el olvido. Pienso que debemos tener paciencia.

Por la tarde recorrieron un lugar más tranquilo, próximo al hotel, un vasto sector plagado de oficinas, bancos, agencias de viajes, centros de restauración, cafeterías, hoteles y puntos de información. Ese espacio abierto y moderno conectaba hacia el sureste con la Puerta de la India, arco de triunfo que se asemejaba al de París y recordaba a los soldados indios fallecidos en la Primera Guerra Mundial. Por allí estaba Rajpath, avenida afamada por los desfiles que conmemoran la Independencia del país en 1947 y porque a ella se asomaban elevados edificios gubernamentales erigidos durante la etapa colonial británica.

—Es una muestra del poder de los ingleses en el país —apuntó Clara—. Recuerda al de muchas culturas que tratan de exteriorizar su autoridad a través de la arquitectura monumental. Los gobernantes trajeron varios arquitectos de Inglaterra en las primeras décadas de nuestro siglo y, aparte de mantener el estilo neoclásico victoriano, incorporaron elementos propios de la India: la arenisca roja y la decoración figurativa de animales.

—La verdad es que el conjunto tiene armonía y está equilibrado. Los edificios, los parques y las vías anchas; todo está muy pensado. Pero seguro que en ese tiempo no se contaba con la presencia de tanta policía —comentó Roberto.

—A mí me da mucho miedo. En cualquier momento puede estallar algo en la calle y cogernos en medio. No sé —dudó ella.

—No pasará nada.

Unos vehículos llegaron a sus inmediaciones y los policías se aparearon con precipitación. Formaron unidades armadas al mando de unos oficiales y se colocaron los cascos en disposición de combate. Otros policías exigieron a los turistas y nativos que se alejaran de allí con rapidez.

—¡Fuera, fuera! —gritaban.

La gente se movía alterada, corría enloquecida por doquier. Había que desaparecer de la zona, y pronto. Las fuerzas de seguridad se desplegaron alrededor de los edificios oficiales y ocuparon posiciones de tiro.

Clara temblaba y su rostro se tornó pálido. Roberto cogió su mano y la llevó al hotel. Trató de calmarla con suaves palabras y la abrazaba para que sintiera el calor humano, la protección.

—¡Vámonos de la India, Roberto! No aguanto esta situación.

—Se me antoja que es mejor esperar a que pase esta movida.

Preguntaron en el hotel y el director les comunicó que la policía y el ejército habían tomado los aeropuertos de la India y las estaciones de ferrocarril y autobuses. La muerte de Indira Gandhi había desatado una auténtica algarada en todo el país y nadie sabía ¡qué diablos podría ocurrir! Las autoridades recomendaban a la población no moverse de sus casas y viajar lo mínimo posible. La misma sugerencia servía para los turistas.

Clara no se recuperaba de su estado anímico. El impacto de la situación en la India era superior a lo vivido y le había superado. Su cuerpo era un manojito de nervios que le impedía descansar. Se movía sin parar, lamentándose por su mala suerte y no haber previsto esa reacción de la gente, a pesar de su experiencia. Había viajado por varios países europeos y nunca presenciado algo análogo. Se consideraba segura de sí misma, capaz de resolver innumerables problemas, mas ella no contaba con los asesinatos, los trágicos efectos de una población alterada por la muerte de la primera ministra y las implicaciones religiosas, políticas y sociales que ello conllevaba.

Clara no sopesó el riesgo en su justa medida.

Por el contrario, su amigo Roberto, con menos experiencia en viajes al extranjero y con una clara tendencia al misticismo, se comportaba con mayor entereza y seguridad. Era el que mejor llevaba el estado general de incertidumbre. Casi se podría decir que se sentía a gusto en ese ambiente de peligro y participaba con naturalidad en las conversaciones con otros clientes del hotel y el personal de servicio. Se interesaba por ese mundo soterrado de intrigas políticas y religiosas, y se informaba de lo acontecido en el país durante los últimos años.

—No quiero salir de la habitación —dijo Clara.

—Yo prefiero estar en la cafetería y charlar con la gente. Quiero saber lo que ocurre en Nueva Delhi —respondió él.

Roberto se arrimaba a los nativos para recabar datos y, entre ellos, entabló varios diálogos con la chica morena que le sonrió a la llegada al establecimiento. Ambos dominaban el inglés. La chica se llamaba Abha y procedía de un pueblo, aldea para los indios, en la periferia de Mathura, al norte del estado de Uttar Pradesh, y fue enviada por sus padres a la capital para estudiar. Había aprobado la educación secundaria y varios cursos de turismo, con alto nivel de formación en inglés, el idioma oficial utilizado en la Administración. En el hotel trabajada desde hacía un año y esperaba conseguir otro cargo de mayor categoría en cuanto tuviera más tiempo de servicio y completara los estudios en curso.

Si alguien observaba a la azafata en la cafetería o en los pasillos hablando con Roberto, ella se sentía mal, pues no era correcto estar muchos minutos con los clientes ni dedicar excesiva atención a los hombres, inclusive los extranjeros, de tal modo que se alejaba con una excusa. En tal caso, ellos iban a otro lugar menos concurrido para continuar la charla. Ese había sido el proceso normal de los primeros días, si bien en adelante se vieron fuera del establecimiento, a hurtadillas de los curiosos o de aquellos que pudieran perjudicar a Abha.

Un día fueron vistos por Clara cuando platicaban en el vestíbulo del hotel de manera distendida. Eso le extrañó en un primer

momento, aunque no dio excesiva relevancia al hecho, dado que ellos estaban a la vista de los demás y Roberto había manifestado que le gustaba hablar con los nativos con el fin de conocer lo que pasaba en la India.

No obstante, indujo sospechas a Clara.

A los tres días de llegar a Nueva Delhi se produjo un accidente en una fábrica de gas construida en Bhopal, del estado Madhya Pradesh. Una gran nube tóxica, más densa que el aire y de olor a col hervida, cubría el techo de la ciudad y descendía lentamente hasta depositarse a nivel del suelo. Medio millón de personas quedaron afectadas, con síntomas de tos, vómitos, irritación de los ojos y asfíxia, que provocaron un centenar de fallecidos y, transcurridas unas semanas, decenas de millares. Fue un desastre para el país que agudizó aún más, si cabe, la tensa situación del territorio indio.

Roberto se interesó por las causas de esa catástrofe.

—Se desconocen con precisión —explicó Abha—. Algunas crónicas defienden la hipótesis de que el grave suceso ha sido consecuencia de múltiples factores, y entre estos citan los del almacenaje irregular de los productos, el mantenimiento de las instalaciones, la gestión de la empresa, la reducción de personal en los últimos meses y, sobre todo, las deficientes medidas de seguridad.

—¡Vaya!

—Sí, las malas condiciones de seguridad de las instalaciones y los trabajadores. Desde el año de su construcción en 1969 ha habido varias denuncias por ese motivo. Los problemas por la producción del pesticida carbaril han sido frecuentes, con advertencias por parte de las autoridades, y pese a ello se han generado accidentes —Abha añadió—: En la última década, un trabajador murió por intoxicación y varias personas quedaron afectadas por no tener la máscara puesta; se han producido varias fugas y no todas han sido reparadas. Por consiguiente, todo indica que este caso es un claro ejemplo de negligencia de los responsables de la empresa, según afirman los medios de comunicación. La propiedad de la empresa es de la multinacional norteamericana Union Carbide Corporation.

—Me imagino que el resultado de las investigaciones tardará en resolverse, ¿no? —apostilló Roberto.

—Se conocerá dentro de muchos años. La burocracia y la justicia son muy lentas en este país. Estoy segura de que algún día sabremos todo del accidente.

Mientras ellos hablaban en una de las tiendas del hotel, Clara salió de su habitación con el ánimo de despejarse. Se encontró a su amigo y a la chica india sentados plácidamente en el interior del comercio. Allí pegaban la hebra en compañía de la dependienta, la alcahueta que encubría a Abha.

—¡Hola, qué sorpresa! —saludó Clara.

Roberto se levantó de la silla apurado.

—¡Ho... la! —balbuceó él—. Te... presento a Abha, del servicio del hotel. Me ha contado cosas de la India.

—Ya veo, sí —dijo ella con sorna, dirigiendo una mirada gélida a la chica.

Al día siguiente Roberto y Abha quedaron para visitar Raj Ghat, el mausoleo de Mahatma Gandhi. A pesar de que el apellido coincidía con el de Indira, cuán cierto era que no pertenecía a su padre, Jawaharlal Nehru, sino que el apellido lo tomó de su marido, Feroze Gandhi.

Una amplia zona verde limitada por un pequeño muro de piedra contenía el monumento que conmemoraba el sitio donde se llevó a cabo la cremación de Gandhi, al día siguiente de su asesinato, en 1948, por un fanático religioso que consideraba a Gandhi proclive a los intereses de los musulmanes, después de la partición del subcontinente asiático en India y Pakistán. La muerte de Mahatma, el «alma grande», representó un duro golpe para todo el país. Era el defensor de la no violencia, de la independencia, de los derechos de los ciudadanos, de la libertad y de la lucha contra los impuestos abusivos de la sal. Un luchador pacífico, incansable y líder de masas, que utilizó entre otras armas su ejemplo y su sencillo vestuario, que consistía en un *dhoti* y un mantón de hilo.

Abha desgranaba con gravedad la biografía de Mahatma. Lo evocaba no solo como el «Padre de la Patria», considerado así en el país, sino que lo equiparaba a un semidiós. Su memoria iba acompañada de un punto de tristeza a causa de las luchas cruentas entre musulmanes e hindúes por cuestiones religiosas y la Independencia, y las guerras con los sijes por idénticos motivos en la parte noroccidental de la India.

—Muchos muertos, ¿verdad? —atajó Roberto.

—Cientos de miles.

Ella glosó que la historia de la India era de gran riqueza cultural por la ingente cantidad de pueblos que habían ocupado el territorio; rica en cultura y costumbres, en religiones e idiomas, y también por las cuantiosas guerras entabladas a lo largo de varios milenios.

Los dos conocidos se recrearon en el vasto jardín del mausoleo de Gandhi. Unas jóvenes se afanaban en extraer de la tierra las malas hierbas de un seto que cercaba el césped recién cortado. Iban descalzas, cumpliendo las normas de los visitantes que penetraban en el recinto, con la mirada curiosa y fija en los turistas que caminaban a su lado. Tampoco llevaban guantes ni máquinas para trabajar, solo las manos desnudas y una herramienta pequeña para cavar.

—Observa las palabras escritas en la plataforma de piedra negra —manifestó Abha con un sentido dolor en su expresión—. Dice *He Ram*, es decir, «¡Oh, Dios!», palabras pronunciadas por Gandhi cuando estaba herido de muerte. En el mausoleo hay siempre una llama encendida y numerosas flores y plantas depositadas por los simpatizantes. Las donadas por personas célebres, reyes y jefes de Estado en sus visitas a Nueva Delhi, se plantan en el jardín del Raj Ghat para que perduren.

—Entiendo que la huella de Mahatma ha sido profunda.

—Ha sido inmensa aquí y en el mundo entero. Es considerado uno de los grandes hombres del siglo XX —aclaró ella con orgullo.

Al regresar al hotel, Clara estaba al tanto de su llegada. Se entrevistó con Roberto para sonsacar sus intenciones con la azafata.

—Tan solo es una chica que me cuenta cosas del país —arguyó él.

—¿Y esos ojos de lechuguino que se te ponen? —indagó Clara con retintín.

—Te repito que no hay nada especial. Solo una persona que sabe mucho de su tierra y me lo transmite con interés.

—Siempre te veo con ella. ¿Piensas seguir igual? —y sin esperar la respuesta, amplió—: Yo me voy de aquí. Quiero regresar a España.

—Me gustaría quedarme —expuso Roberto sovoz.

—¡Yo me voy! —voceó.

Clara se dio medio vuelta y se alejó alargando el paso.

Esa actitud desairada hizo reflexionar a Roberto. Había sido un duro golpe para su relación con la amiga española; a pesar de que nunca fue muy estrecha, en verdad su propósito no era precisamente el de romper con ella. Las circunstancias le arrastraban a permanecer en el país; deseaba conocer el «alma de los indios», su comportamiento, sus creencias y sus debilidades. Todo era nuevo para Roberto y le cautivaba. Sentía atracción por ese territorio lejano, exótico y a veces pintoresco; y apasionante, misterioso, colmado de interés por los hondos sentimientos del ser humano, las culturas místicas que envolvían a los ciudadanos, las castas que dividían la sociedad, la alegría con que disfrutaban de las miserias y aceptaban la vida. Era un caleidoscopio de conocimientos, un mundo dentro del universo de la vida.

Ese mundo no quería perderlo Roberto; antes al contrario, anhelaba introducirse más todavía en ese túnel para encontrar mayor sosiego a su existencia, la explicación a muchas dudas que le habían surgido con el devenir del tiempo y que en tal momento tenía al alcance de su mano la posibilidad de resolverlas.

El desencuentro de Clara con su compañero de viaje a la India había supuesto un punto de inflexión a su amistad anudada con el tiempo. Ella no entendía las razones de su amigo para volcarse con una extranjera, bastante más joven que él y con una cultura di-

ferenciada. ¿Era un capricho masculino o una curiosidad puntual? Fuera como fuese, él se retiraba de Clara y, a la par, su proximidad a la joven india era mayor cada día.

Clara se sintió despechada. Se encerró en su habitación durante un tiempo y cerró la ventana para no ver el exterior ni que nadie la viera a ella. Se sentía mal, abatida, triste, derrotada, sola y abandonada por el único vínculo que tenía en la India. Lloró, lloró y lloró hasta que no le quedó una sola lágrima en sus ojos. Perdió el apetito y el sueño. Sucumbió a la soledad más honda.